

El futuro de las culturas

POR
CARMELO LISÓN TOLOSANA*

If by culture —with a capital letter— we understand the patrimony of creations and of the universal motives of the great human family proceeding from its generic and shared conditions it would seem reasonable to expect that the narratives which will prosper will be those which promulgate the dignity of the life, human rights and ideals of equality, justice, liberty and defence of the ecosystem. As for the future of concrete cultures, one has to accept that their specificity will be weakened by the impact of tourism and of multiculturalism. External pressures and homogenization will tend to incorporate —affirming their own values— values more englobing and universal.

Parece el actual un momento apropiado y aun incitante para replantearnos preguntas cruciales como, por ejemplo, qué y quiénes somos, cómo somos, qué queremos ser y cómo queremos vivir o, más concretamente, para reflexionar, entre el estallido de violentas tensiones, sobre el canon cultural en su singularidad abstracta —la Cultura, con mayúscula— y más aún en su pluralidad concreta: las culturas. ¿Tienen futuro las culturas? La respuesta es arriesgada, y esto es así no tanto por carecer de bola de cristal cuanto por la problematicidad del concepto. Para comenzar Cultura es un concepto culturalizado, esto es, ontologizado, porque lo dotamos de esencia, identidad y propiedades nosotros y lo interpretamos nosotros y como nosotros y nuestras ideas cambian lo sometemos a continua tensión ontológica; no es fácil, por otra parte, ni fértil, pretender fijar en tiempo algo que es fluido, transitorio y cambiante. Pero también es cierto que necesitamos ordenar y clasificar el *continuum* de la experiencia partiendo de paradigmas flexibles, de forma que logremos conjuntos significativos o conceptos *rampallo* o manajo, integrados por elementos constituyentes no todos necesariamente conjuntivos o siempre armónicos. Solo la fría luz analítica nos facilitará los instrumentos heurísticos adecuados para pensar la Cultura (con mayúscula) y las culturas (con minúscula) desde proposiciones verificables o razonablemente previsibles y unidades pertinentes. La Cultura, como concepto abstracto, y la cultura, como práctica, no solo evidencian diferentes niveles de generalidad, sino que se rigen por una lógica interna distintiva. Voy a sugerirlo en este ensayo escrito en zapatillas, señalando al final algunas condiciones estructurales de provocadora permanencia o desaparición silenciosa de rasgos, conjuntos y áreas culturales enteras.

* Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

I

Todo ser humano forma parte del mundo natural; somos, en realidad, un minúsculo *objeto* momentáneo en el inmenso cosmos, objeto que está sometido a tiempo, espacio y causalidad como cualquier otro objeto y, biológicamente, nacemos, vivimos y morimos como cualquier animal. Pero somos a la vez *sujetos* conscientes, pensantes e intencionales, creadores de imaginativas configuraciones creenciales, artísticas y morales, y fabricantes de conceptos como libertad, justicia, dignidad, igualdad y belleza; hay, por tanto, un claro hiato entre el yo-objeto y el yo-sujeto, una cierta ruptura o, si se prefiere, una cierta tensión entre el cosmos y el universo humano porque *estamos* en el primero, pero *somos* del segundo. Debido a esta inherente tensión nos vemos condenados a pensar y simbolizar, a afrontar los problemas de la vida siempre cambiante, a experimentar soluciones o, en otras palabras, a crear cultura para construir nuestro mundo específicamente humano. En cuanto objetos, todos pertenecemos a la misma especie, pues estamos dotados de la misma estructura físico-mental, de común anatomía y de los mismos procesos fisiológicos, lo que nos confiere capacidades, disposiciones y deseos generalizables, y nos lleva a momentos de crisis comunes insoslayables, como enfermedad, frustración y muerte, que provocan formulaciones aporéticas sobre la precariedad de la vida y sobre los modos básicos de las relaciones humanas. Esta naturaleza común, estas comunes condiciones de existencia del humano predicamento y las comunes experiencias de vida anclan y fundamentan la Cultura —con mayúscula—, esto es, la homoculturalidad genérica y última, el patrimonio tradicional de todos los hombres de todos los tiempos porque no hay pueblo sin Cultura. Ahora bien, dada la abstracción generalizante y opacidad de la naturaleza humana, este nivel primero no es constituyente ni provee de fundamento trascendente para determinar y prescribir un único canon de vida humana óptima, universalmente válida. La abstracción no substituye a la realidad. En cuanto sujetos, alcanzamos ya el horizonte plenamente humano; la autoconciencia, la intencionalidad y la racionalidad junto con la estructura semiótica del lenguaje y de los símbolos, más la sistematicidad de las relaciones morales son, entre otros, ingredientes incuestionables y elementos que nos hacen ser humanos. Pero lo somos de distinta manera porque no hay una respuesta única a los problemas radicales humanos; estos vienen configurados por estructuras empíricas y formas culturales concretas en los que están insertados y de las que obtienen significado. Cada gran grupo humano ha experimentado procesos de humanización particulares en ecologías diferentes; a estas innumerables inflexiones locales que, dentro de un espectro inmensamente amplio, exhiben determinadas estrategias de adaptación, cánones de pensamiento y experiencia específicos y modos de vida concretos y parcialmente diferentes llamamos culturas. Pero nótese que Cultura no es isomórfica con culturas, que

estas en sus exhibiciones dinámicas improvisan y transforman a aquella; mientras que Cultura funciona como un hipotexto categorial, las culturas enriquecen la condición humana en cuanto prácticas comunitarias y variantes hipertextos; las constantes antropológicas de la primera se objetivan y expresan en las variadas formas del ordinario vivir. Su ontología es diferente pero su implicación necesaria y dialéctica. Ambas son tropos, de naturaleza figurativa, proposiciones *como sí*, sin definidas fronteras, grandes narrativas que en virtud de su contraposición heurística pueden contribuir a plantear analíticamente el tema, esto es, reconducirlo a niveles de fenomenología concreta, otorgándole un mayor sentido de realidad. Concretamente: ¿cuál es el campo semántico de Cultura?, ¿cuál es la hermenéutica de culturas?

La Cultura deriva, según he indicado, de las disposiciones y capacidades inherentes a la especie humana, las cuales, aunque se estructuran y objetivan de manera diferente, no quedan eliminadas ni dejan de operar en el trasfondo; en cuanto concepto abstracto es universal e ignora la variedad, narcotiza las manifestaciones diferenciadas y trasciende los accidentes históricos y la diversidad étnica. El concepto de *humanitas* de Cicerón, de *Humanität* de Herder y Kant y el de superorgánico de Kroeber apuntan al núcleo esencial de la noción, perfilada anteriormente por los renacentistas y exhibida en acción por los *uomini universali*, exponentes ideales de la humana naturaleza en plenitud. Y, aunque no hay un punto de vista radicalmente externo e imparcial y absolutamente neutro, ni somos capaces de saltar con impunidad fuera de nuestra cultura-ambiente, sí podemos esforzarnos en discernir hebras latentes comunes en distintos tiempos y espacios, en obras supremas de la imaginación humana, por ejemplo, rastrear esa cualidad intensa, densamente humana que se hace visible en Homero y Platón, en Dante, Shakespeare, Goya y Goethe, en la pintura china, en el *haiku* japonés y en Dostoievski, en las esculturas de Benin, en la polifonía de los *wagogo* de Tanzania, en las sagas medievales de Islandia y en los tapices del Oriente Medio, por nombrar algunos momentos de esplendor y profundidad de la humana potencialidad. La extensión y energía de los grandes mitos, la diáspora de los magnos temas folclóricos y la difusión planetaria de los motivos humanos centrales que se literaturizan y ramifican en estrella, su universal aceptación y peculiar aclimatación muestran a la Cultura —siempre con mayúscula— en operación, a la Cultura como hablando de sí misma, en su generalidad y condiciones de existencia y transformación; los iconos orden y caos, belleza y crimen, y los significantes Apolo y Dionisos, razón e irracionalidad, entre otros, los podemos huronear, con variados disfraces pero activos, en cualquier cultura —con minúscula. No nos extrañaremos ni sorprenderemos siempre que vayamos de lo humano a lo más básico de los humanos.

Este modo Cultural —con mayúscula— abarca los sistemas metafísicos y religiosos (no en su variado contenido sino en su raíz de aspiración), el conjunto de sentidos y significados sobre el hombre y la comunidad (en su matriz originaria), las plurales digresiones sobre el bien y el mal, la generalidad de las oposiciones mentales binarias etc. Son temas ubicuos, motivos universales, patrimonio de la gran familia humana porque todos ellos fluyen necesariamente, en su forma primigenia, de la humana y común condición. Así entendida, esta formulación Cultural es ineludiblemente ancha y amplia, proteica, con capacidad de extensión e inclusión ilimitada en cuanto a pueblos en todas sus latitudes y variaciones. El concepto es, sin duda, delgado, potencial, abstracto, pero con opción panhumana, marcado claramente por la ambigüedad y la polivalencia (flexibilidad inestimable y necesaria), cualidades que, por una parte, le confieren una cierta dimensión místico-religiosa de fuerza constitutiva, emotiva e irracional —visible en culturas concretas—, e impulsan, por otra, la floración de dinámicas determinaciones reales, activas por doquier, que convierten en acto concreto aquella potencia genérica. Intereses primarios y motivos invariantes transculturales, en abstracto, independientes de contexto, a lo Hume, Locke y Voltaire, hacen posible la recepción y floración (con matices divergentes) de grandes motivos, temas y narrativas comunes: la interculturalidad, en una palabra. Somos muy diferentes porque tenemos mucho en común; el potencial creativo (y destructivo) humano, la capacidad para hacer y deshacer mundos mentales y creer en cualquier cosa, de pensar en lo que nunca se ha observado y en lo que no se puede observar es ilimitada. E imprevisible.

Este modo Cultural —con mayúscula— puede parecer, en un primer acercamiento analítico, intolerablemente monológico, abstracto y monista si lo desvinculamos de su otra cara y necesario complemento. Cultura conforma un *continuum* que se prolonga y ramifica en culturas objetivas, empíricas y de descripción local. Ambos conceptos actúan como campos de fuerzas, pero muestran características ópticas diferentes: aquella es una categoría generalizante; estas, formas particulares de experiencia vivida o, expresado de otra manera, se trata de una idea y su realización. La primera fraterniza más con ideales transcendentales, fundantes y creadores; la segunda se identifica con horizontes realistas y mudables, con transformaciones y panoramas empíricos diferenciados. La Cultura es algo así como una gran partitura inicial que se realiza en culturas cuando estas la interpretan y ornamentan con inflexiones dinámicas acelerando o retardando, en *staccato* o *rubato*, añadiendo o modificando *tempo*, timbre, estilo y modulación; mientras que aquella subraya la fuente original de interrogantes sobre significado y sentido, esta realza un sistema de ideas y prácticas en el marco de una arquitectura institucional y asociativa concreta. Pero, aunque analíticamente se distinguen, las dos son como ficciones figurativas condenadas no

solo a dialogar sino a cohabitar en estrecha relación dialéctica inseparable; no obstante, esta distinción inicial puede guiarnos con su valor instrumental, operativo y heurístico en la exploración de un mapa sumamente complejo, porque complicado es también el concepto de cultura —con minúscula—, al que ahora brevemente paso.

II

La Vida —con mayúscula—, he estado sugiriendo, motiva la Cultura; ambas conforman un *totum* inseparable teniendo aquella primacía lógica. Nuestro equipo biológico no programa soluciones inmediatas a nuestros problemas, pero nos provee de un discurso versátil creador que diseña esquemas imaginativos para afrontar contingencias en cualquier parte del planeta. Este potencial mitiga aquella deficiencia. ¿Qué fundamenta la pluralidad de culturas? ¿Hay razones primarias, además de las histórico-políticas, para que unos se consideren kurdos, otros serbios y los de más allá gallegos? ¿Hay motivaciones endógenas constituyentes, además de las geográfico-legales, que provoquen la adscripción firme y persistente a un grupo cultural particular? Los eslóganes *black power*, *todo por la patria*, *Deutschland über alles*, *white is right* o, los a primera vista más neutros como *no soy español*, *soy vasco*, el *¡visca Catalunya!* en la Puerta del Sol, el andalucismo latente, etc., y la multitud exuberante de iconos, signos, emblemas y banderas nos invitan y tercamente nos incitan a reflexionar sobre la existencia de algo íntimo y radical, a explorar un posible punto de partida común y dinámico tan objetivo y tan misterioso e intrigante que esté en la base de esta fuerza omnipresente y arrolladora. Desde el momento en que encontramos la adscripción a formas culturales diferenciadas desde el Paleolítico hasta el presente, evidenciada con testimonios precisos y fiables en los cinco continentes, no es razonable dudarlo. Cierto que esa fuerza estimulante puede estar dormida, implacablemente narcotizada y ser manipulada, agitada y exaltada; cierto que el grado de participación dibuja un espectro muy amplio, pero cierto también, o al menos así lo creo, que en la base de esa formulación nostálgica o afirmación cultural agresiva actúa una energía primigenia estimulante, una *force of nature* que nos impulsa a identificarnos en algún nivel, segmento o grupo que nos da nuestras primeras señas de identidad. El síndrome yo-aquí, el nacer de unos padres y no de otros, en este lugar determinado y no en aquel y formar parte de una familia en convivencia con otras es un *prime*, una experiencia personal primigenia, algo que se da en cada uno de los individuos y en todas geografías, un primitivo semiósico o vivencia inmediata individual que inicialmente nos inscribe, sin opción nuestra o posible alternativa, en una familia, comunidad, lengua, valores morales y cultura. Esta primera inscripción, que nos marca en mayor o menor grado, es radicalmente humana, común y general, pero

su modo y contenido son puntualmente diferentes, doble dimensión constituyente que realza, por una parte, la conjunción de las diferencias en una unidad e implica, por otra, la inherente relación dialéctica entre Cultura y culturas.

El hecho de que esta inserción primaria tenga a la naturaleza humana como raíz y hontanar, de intensa y profunda fuerza en sí mismo, tiene consecuencias añadidas porque viene sobredeterminado, primero, por el *corpus* sistemático de significados, emociones y sentimientos, inhibiciones, prejuicios y tabúes vividos en el interior de una familia, todos con intensas y poderosas repercusiones en el futuro debido a su carácter emotivo e irracional. Segundo: en esos dos núcleos iniciales —familia y comunidad— se aprende la lengua que nos marcará toda la vida, allí descansan nuestros antepasados y héroes a los que periódicamente recordamos, allí gozamos de los primeros manjares que seguirán siendo los mejores y esos son también los *loci* del placer de vivir en fiesta. La comunidad cultural, tercero, nos provee de ideas y creencias básicas, que con frecuencia afloran más tarde en las crisis de nuestra vida, y de estructuras de significado, norma y valor, y de códigos culturales de comportamiento, relación y solidaridad. En este ámbito inaugural, cuarto, adquirimos todo un sistema de iconos, emblemas, ritos y símbolos, mediaciones culturales que con todas las anteriores configuran un contenido nuclear cultural que nos hace, primero, personas y, después, miembros de una agrupación cultural o subcultural. Este elenco de repercusiones de un hecho de naturaleza que acabo de apuntar muestra parte de los contenidos empíricos de la cultura en operación. Veámoslo.

Este segundo sentido de cultura apunta a la práctica ordinaria del cotidiano vivir; cada grupo humano diferenciado exhibe una forma particular de vivir la experiencia diaria en una ecosistema limitado, objetivada en un modo de vida rutinario, laboral, estacional, festivo, político y religioso, producto de un viaje histórico-evolutivo adaptado a un medio que transforma y en el que desarrolla su existencia obedeciendo a un régimen de instrucciones normativas y valores. Es corriente en las monografías antropológicas analizar en el primer capítulo la simbiosis ecológica entre medio y cultura en relación reversible, lo que da una formulación empírica y concreta a la cultura del grupo o subgrupo en cuestión. Las coordenadas tiempo-espacio-comunidad refuerzan ese aspecto existencial y le confieren un realismo tribal aun a la colectividad más desarrollada; además la especifican en su unicidad. Pero hay algo más: es precisamente el ecosistema, la geografía con frecuencia politizada y siempre culturalizada, la que establece límites, estructuras de separación y principios de exclusión / inclusión, fronteras reales o místicas, simbólicas, rituales, ideológicas y, a veces, jalonadas por torres de observación, tanques, nidos de cañones, murallas chinas y alambradas eléctricas. No hay una cultura en sí misma, sola y *per se*, toda cul-

tura es función de otra u otras y existe como tal porque hay otras; por principio constitutivo contrasta y se opone a otros y, al menos potencialmente, es siempre hostil y antagónica. El Otro ajeno y extraño está siempre presente, es más, conforma y constituye el nosotros. La diferencia fascina y repele; fabricamos al Otro unas veces para enaltecerlo y otras para aniquilarlo. Cara y cruz de la misma moneda.

La cultura como práctica y la repetición de ciclos empíricos están siempre sometidas a articulación múltiple según redes sistemáticas de relaciones y estrategias de acción. El individuo las manipula y jerarquiza según el cálculo propio de tácticas logísticas de decisión; la paleta a su alcance no es monocroma, el abanico es amplio en potencialidad y el *libretto* tiene páginas en blanco pero no podrá traspasar a su arbitrio un cierto límite cultural sin exponerse a consecuencias graves. La rigidez de la estructura económica, la etiqueta de la inflexible jerarquía, la fuerza de la autoridad y la dureza del poder le presionan en direcciones determinadas de pensamiento y acción. La trama de normas que regulan la vida familiar, matrimonial y de parentesco le imponen obligaciones, pero le confieren también derechos y satisfacciones en su ciclo vital, moldean su vida interna y externamente, promueven deseos y fomentan aspiraciones personales y colectivas. Las instituciones sociales se imponen, nos fuerzan y nos obligan, piensan por nosotros pero también nos proveen de estrategias consolidadas, efectivas y útiles para afrontar situaciones imprevistas y a su vez facilitan, suavizan y hacen llevadera la vida en convivencia; basta con seleccionar en cada caso el pertinente en la tabla de mandamientos culturales vigentes, lo que nos lleva a otra dimensión constituyente de las culturas.

Al penetrar con intención inquisitiva en un espacio cultural ajeno no solo nos sorprende la lengua, los usos, costumbres, tradiciones e instituciones locales; advertimos, además, si somos perspicaces, formas semánticas de dicción, tropos, gestos, acentos, modulaciones, énfasis, prioridades, actitudes, tono y estilo en la manera de proceder y pensar de las personas que adscribimos inmediatamente al modo cultural predominante que les sella y marca; ya nos lo enseñaron Herder y Schelling. ¿A qué se debe este *quid* impreciso y evasivo pero observable y activo en multitud de detalles que reflejan un estilo de vida no solo relacional y externo sino espiritual? Primero, al canon de valores que rige el comportamiento de los que habitan ese espacio cultural. No hay ni puede haber cultura sin un catálogo de valores sociales; en toda cultura la gente tiene que pensar en términos morales, toda cultura acentúa una escala propia de preferencias y prioridades que propone como ideal a seguir a sus miembros. Variaciones en torno a conceptos morales como libertad, jerarquía, igualdad, justicia y sus contrarios, vocabularios que circunscriben emociones como miedo, temor, remordimiento, gratitud y vergüenza y normativas que regulan obli-

gaciones y derechos, tensiones, conflictos, autoestima, agresividad y violencia forman parte de un extenso, matizado y variado repertorio mental y afectivo que constituye toda cultura. Todo diccionario cultural tiene lexemas para expresar, al menos implícitamente, alabanza, rechazo y vituperio, tabúes y pecados sociales, para incluir, excluir y ostracizar; las entradas convivencia reglada, relación múltiple, pertenencia, reciprocidad y solidaridad, autoafirmación y responsabilidad, negociación, compromiso y acuerdo ocupan páginas enteras en ese volumen moral porque su descripción es siempre variada, plural, rica en matices y profunda en diferencias. Es realmente fascinante abrir el libro de las culturas, esos sugestivos laboratorios de humanidad y observar cómo unas realzan en sus decálogos implícitos la autoafirmación agresiva, otras por el contrario el espíritu de sacrificio y el ascetismo, cómo unas prefieren el control rígido del cuerpo frente a otras que cotizan la espontaneidad o acentúan el hedonismo o el comunitarianismo o la espiritualidad, y cómo al pasar las páginas históricas de esa gran galería de retratos culturales las clasificamos como cultura del honor, de la vergüenza, ritualista, guerrera, musical, conquistadora, religiosa, etc., según el valor arquitectónico predominante en un tiempo determinado. No se trata de culturas con una única orientación valorativa ni cabe pensar en la interiorización del arquetipo en todos sus miembros pero sí que podemos imaginar algo así como una cierta “voluntad” de estilo o un cierto *ethos*, dirección o tendencia que dan a esa cultura un peralte significativo y distintivo. Y lo que es más importante, nos obliga a tener en cuenta que la lógica de los valores no es la lógica de los hechos; las narrativas culturales tienen lógica propia.

Refuerza y remacha la legitimidad de esta perspectiva otra dimensión constituyente de las culturas: el *corpus* de ideas, ideologías, creencias, representaciones e imágenes que integran la vida mental y dirigen los procesos discursivos de los que a ellas pertenecen. Agrestes silvas de efigies, divisas, cifras, fórmulas, signos y símbolos, todo un bosque semiótico de ideas, actividades, objetivaciones y creencias en interrelación ornamentan y colorean a cada cultura. Qué es lo real y lo irreal, qué percibimos y cómo nos percibimos, los conceptos de racionalidad, belleza e irracionalidad, nuestras intenciones, esquemas y proyectos de futuro, nuestras creencias y descreencias, las numerosas versiones sobre el sentido y significado de la vida, del posible destino humano y del más allá, sobre la muerte y la eternidad, sobre la divinidad y la pertinente aproximación ritual, etc., y sobre el mismísimo modo de razonar y argumentar es algo que pertenece al código ideal de la cultura. De él nos nutrimos, de él aprendemos y nos hacemos, por él somos. Teniendo todo esto como fondo no sorprende que Durkheim, con un cierto exceso lateral, viera a la sociedad como objeto de culto porque en definitiva, y en cierta medida, nos celebramos a nosotros mismos en simbiosis con la cultura.

Las dimensiones apuntadas parecen suficientes para sugerir cómo la Cultura en su registro abstracto, aunque con fundamento *in humana natura*, se prolonga en objetivaciones culturales empíricas y específicas transformando su ontología. Pero creo que es necesario añadir una más para deconstruir un cierto carácter totalizante e idílico que puede inferirse de la descripción. Mostrará a la vez el carácter polivalente y ambiguo del concepto. Efectivamente, las culturas ni son necesariamente coherentes en sus valores ni armónicas sus creencias; el desorden, la confusión, la tensión y el conflicto no predominan en intensidad en todo momento, pero nunca están ausentes. Además las culturas nunca son radicalmente otras, y ni siquiera rigurosamente específicas; tienen, sin duda y por definición, un núcleo distintivo único, una orientación preferente, pero desde su etnogénesis hasta el momento actual han sido y son híbridas, mestizas, cruzadas. Desde luego que podemos fijarnos y apreciar el principio orquestador generalizante, legítimo es rastrear la *weltanschauung* o evocar el *pathos* de una cultura, lo que no obsta para que simultáneamente la evoquemos como un conjunto de heterogéneos elementos materiales y espirituales de origen vario que tienen mucho que ver no solo con ideas ajenas sino con ecosistemas similares también. La inserción en la propia cultura puede ser inmensamente variada: va desde la vivencia intensa de la misma hasta la adopción de unos pocos rasgos y rechazo de otros y viene además condicionada por edad, sexo, estamento, clase, educación, profesión etc. escenificado todo en un horizonte de similaridad en la diferencia. Y, si tenemos en mente la estructura de valores morales y excavamos en los significados creenciales flotantes, la hidra cultural no solo presenta numerosas cabezas sino que exhibe, en riqueza de niveles y en operación, toda la gama de posibilidades semióticas en su carácter polisémico, ambiguo, impreciso y plurivalente que hace las delicias del investigador de la lógica de la cultura. He dibujado en torno a una docena de mapas de Galicia para mostrar la complicada geografía discontinua de rasgos culturales, la peculiar amalgama que forman algunos y la ausencia de otros y para apuntar la dificultad de trazar fronteras. Ni uno solo de los elementos culturales —me falta comprobar el de la sombra— que he encontrado en mi investigación es autóctono, aparecen todos en otras áreas culturales próximas o alejadas, pero algunos de ellos adquieren configuraciones locales tan específicas que muestran el marchamo indiscutible del *ethos* predominante. Las culturas son imaginadas como autóctonas y monolíticas por visionarios radicales que activan dormidas latencias y producen las tragedias de hutus y tutsis, de tamiles y sinhaleses, de Serbia y del País Vasco.

Toda cultura es intercultural, producto de interculturalidad, esto es, de interrelación e interdependencia. Toda cultura es multicultural; se construye siempre en relación y contando con otras, en continua referencialidad *ad extra*. Se destaca y diferencia de otras porque tiene un fondo común que subraya al diferenciarse. Incorpora

elementos, recibe y presta ideas, asume, ramifica y trastrueca rasgos, valores, instituciones, vocabularios y creencias; ofrece posibilidades humanas a otras, a la vez que es estimulada y enriquecida por ellas. Como resultado del irremediable contacto, todas adquieren un carácter análogo porque sirven las mismas o similares funciones en nuestro desarrollo epigenético. Una cultura es solo Otra si tiene algo en común con otras, es Otra porque forma parte diferenciada de la misma de la que se distingue y con la que contrasta, es Otra porque es parte constituyente del tronco cultural y en definitiva de la Cultura. Esta relación de coimplicación, esta transfusión de potenciales humanos en continuos *collages* parciales, esta intersubjetividad, en una palabra, contribuye a que tengamos competencia cognitiva en contextos culturales y experiencias ajenas; porque somos híbridos podemos penetrar más y mejor en otras culturas. Pertenecer a una comunidad cultural, formar parte de un segmento de la misma; compartir lengua, tradición, memoria histórica y sentimiento no solo nos hace humanos; esa dimensión social compartida es una necesidad básica de la especie.

Esta descripción generalizante de la cultura en su pluralidad empírica requiere una segunda caución, porque toda cultura es un horizonte móvil. Al investigarla en su concreción y estructura actual la enmarcamos en un horizonte de visión limitado, difícil de objetivar porque, al estar marcada por un *fieri* ininterrumpido, aunque con *tempo* transformador a ritmo diferente, lo que vemos, observamos y describimos es solo parte de lo verdaderamente significativo. No podemos evaluar en la estructura presente la potencia e intensidad de cada uno de los rasgos en operación o su peso específico en el conjunto, ni somos capaces de calibrar el grado de tensión entre ellos. Podemos sospechar trayectorias y presentir tendencias, pero solo el futuro revelará, por la permanencia de unos y la desaparición de otros, la posición, jerarquía y fuerza significativa de cada uno de ellos. Pero partiendo de esta misma orientación histórico-metodológica también podemos ayudarnos del comportamiento previo de esos o análogos rasgos y proyectarlos en el futuro, lo que nos lleva directamente al núcleo del problema en cuestión.

III

Partiendo del fundamento existencial de Cultura y culturas y del cálculo algorítmico *ad hoc*, o sea, del conjunto de propiedades iniciales y de características en su vertiente operativa y dimensión heurística, ¿qué puedo arriesgar sobre el futuro de ambas? La respuesta tiene que estar forzosamente presidida por la prudencia y por la moderación. Snorry el Godi, “el más sabio de los islandeses [...], no podía predecir”, nos dice una saga medieval islandesa; menos, yo. Ningún economista se hace rico en la bolsa —me asegura Juan Velarde—, pero todos juegan; ningún antropólogo es adivino, pero algu-

nos datos que manejamos nos invitan a proyectarlos al futuro. En julio de 1976, después de visitar el parque Kalemegdan de Belgrado, pensé y escribí después, en 1982 que las tensiones nacionalistas quebrarían la unidad yugoslava a la muerte de Tito, y en 1992 expresé la misma opinión en relación a la Unión Soviética ante un auditorio absolutamente incrédulo en la Universidad de Santiago. Y antes, en 1978, opiné en un reducido *symposium* que organicé en el Cebrero, expuse algo que venía comentando desde 1975: que en la nueva política española el nacionalismo cobraría más volumen que la dicotomía izquierda / derecha. ¿Augur? En absoluto. Con premisas y datos en la mano cualquiera puede intuir a veces nubarrones, auroras y ocasos en el horizonte, pero siempre con un riesgo de error elevado. No tengo duda de que se descubrirán los principios físicos que gobiernan los fenómenos naturales, pero predecir el comportamiento humano es mucho más complejo, porque ni siquiera conocemos la estructura de la conciencia humana.

No obstante estos *caveats*, la realidad es que el esquema heurístico tiene como finalidad encuadrar las reflexiones que siguen sobre el futuro de las culturas. En cuanto a Cultura, en singular y en abstracto, como potencial imaginativo-discursivo de la especie, derivado de disposiciones y capacidades naturales, no tengo duda de que continuará en operación y en aumento si tenemos en cuenta las potencialidades técnicas futuras. Persistirá, sin duda, la tendencia a procesar o reelaborar las grandes narrativas sobre primeridades y ultimidades, resistirán también las formulaciones aporéticas y emergerán sistematizaciones religioso-místicas englobantes y plataformas simbólicas transcendentales con pretensión universal. Concretamente, persistirán ciertas religiones porque las preguntas como “por qué estoy yo ahora aquí”, “qué debo hacer” y “qué puedo esperar” van mucho más allá de las respuestas que puede aportar la ciencia; esta no sabe, no responde. Pero también la metafísica subyacente a alguna de esas grandes narrativas favorecerá y robustecerá otros iconos; si nos dejamos guiar por las tendencias actuales que van ganando volumen e intensidad, parece razonable esperar que las grandes narrativas transcendentales que van a ocupar el primer puesto a escala mundial van a ser las que promulgan en su decálogo la indiscutible dignidad de la vida, los derechos humanos, los ideales democráticos de igualdad, justicia y libertad, la defensa del ecosistema global, etc., todo como principio moral inalienable y regulador, como base teórica a implantar, pero teniendo en cuenta también contingencias y momentos culturales determinados; por consiguiente, los valores privativos de las culturas locales se verán gradualmente afectados. Esta Cultura transnacional, que potencia la común humanidad en un nivel abstracto para hacer posible el diálogo internacional, camina lentamente hacia la creación de una justicia y orden mundiales, aspira a la consecución de un cosmopolitismo postécnico fundamentado en el establecimiento de un sistema mundial científicamente organizado, aunque sin cerrar la

puerta al hoy imparable juego nacionalista. La transnacionalización cultural es vista como el *locus* de enunciación de la Cultura. Desde esta perspectiva podemos imaginar una fase nueva: la Postcultura de las culturas. Obviamente la realización de este panhumanismo racionalista reformulará los conceptos de alteridad y solidaridad, como voy a indicar, convertirá en fluidas y porosas las fronteras culturales y geopolíticas y, en consecuencia, tendrá que afrontar la creciente tensión entre la presión pluralista centrífuga y la comunitaria centrípeta, potencial de oposición imposible por el momento de erradicar. Al solucionar unos conflictos aparecerán otros y todos juntos revelarán dimensiones extrañas, terribles, espléndidas y auténticas de la vida humana.

Además, y no menos importante, hay que reconocer y justipreciar en todo su valor de futuro el hecho de que el Estado ha sido herido por la economía global de la *World Trade Organization* y vulnerado por los problemas de cobertura mundial como, por ejemplo, la Unión Europea, el desarme nuclear, nuevas formas internacionales de asociación y solidaridad, etc. Actúan hoy más de 40.000 organizaciones internacionales no gubernamentales y no lucrativas que distribuyen a escala mundial más dinero que las Naciones Unidas —excluido, claro está, el Banco Mundial— y que canalizan dos tercios de las donaciones de la Unión Europea. El flujo del capitalismo con sus sistemas de información, productos, redes y personas que demandan protección legal mundial sobrepasa espacios, tiempos, lenguas y culturas, pero crea Cultura, la post-post-moderna, siempre en movimiento, inestable, sujeta a redefiniciones y a contradicciones internas. Momentos y etapas que causan incertidumbre, dilemas y frustración, pero que también provocan la imaginación creativa para configurar una nueva *weltanschauung* cultural predominante operadora de universalización. Con este nuevo modo cultural vamos ciertamente más allá de la solidaridad humana porque reconocemos y propugnamos la fundamental humanidad, la consanguinidad humana, y porque creamos nuevas formas imaginativas de intersubjetividad cuando exorcizamos la oposición al Otro, porque todos somos Otros en la dimensión humana que es de todos. ¿Vamos, por tanto, a la conformación de pueblos metaétnicos? Para matizar la respuesta es necesario reactivar la formulación plural disyuntiva sobre culturas que he diseñado antes.

No se puede dudar de la indigenización y naturalización por doquier de significantes universales, que nos deslizan, aunque lentamente, hacia una orientación cultural homogénea; pero en contra batallan otros factores de no menor peso y consistencia, curiosamente activados en reacción funcional por las indiscutibles fuerzas generalizadoras. En resumen, bajo esta perspectiva se perpetuarán aquellos conjuntos constituyentes integrados por aspiraciones y problemas que seguirán siendo de todos, aquellos que sigan radiando lo común y radical en toda y cualquier alteridad.

La razón es que esos procesos de convergencia cultural abstractos y de principios generales nos engrandecen y protegen en generalidad, pero a la vez que nos deshumanizan y devalúan en particularidad. Y la reacción no se hace esperar. Los procesos de globalización y la generalización del consumo provocan el retorno a las raíces, la vuelta a lo propio y la afirmación identitaria segmentada. El volumen de la emigración posmoderna está originando la aparición de nuevas comunidades culturales que irán en aumento no solo cuantitativamente sino, lo que es más importante, en creación híbrida cultural. El espacio de la minoría, del refugiado y del emigrante se convertirá en un poderoso *fôyer* o *lieu* productor de significado diferencial, con vocabularios éticos y lógicas pragmáticas bien diferenciados y segregados tanto del lugar de origen como del de residencia. Dobles culturas con al menos dos códigos de acción y pensamiento que podemos calificar como *ni-ni*, o sea, ni de aquí ni de allá, que reformularán el yo individual y reinventarán la morada etnocéntrica en contradicción con la transnacionalización cultural contemporánea pero que, creo, adquirirán con el tiempo un estratégico espacio de enunciación, exigencias y acción. Si a esto añadimos el voluminoso turismo permanente y afincado, la cultura de desplazados, no solo persistirá sino que aumentará haciendo proliferar ecologías culturales bivalentes y originales en su hibridez. Estas culturas *entre*, esto es, localizadas en intersticios cosmopolitas, se convertirán cada vez más en el efecto contrario y perverso de la globalización, lo que tenderá a provocar no solo autoafirmación en hibridez sino que incitará, quizás, a la protesta activa y generalizante no siempre pacífica. Agitadores, gentes de conciencia social y partidismo político, no serán ni estarán ajenos. La reacción promoverá estrategias de resistencia.

Podemos aventurarnos a proyectar al futuro los procesos de endurecimiento identitario de kurdos, palestinos, judíos, chicanos, amish, pueblos indígenas norteamericanos y australianos, hispanos y asiáticos en las culturas metropolitanas de Nueva York, Chicago o Los Ángeles. En todos ellos la colonización, la humillación y la persecución han intensificado la idea y el sentimiento de afirmación colectiva, lo que ha llevado a algunos grupos a reivindicar lenguas y derechos en foros internacionales, hecho que nos devuelve también a la base emotiva y fundamento ideológico si queremos justipreciar la potencia y permanencia de esos grupos; anclaje primario que no desaparecerá, sino que creo se incrementará en las diásporas marginadas y explotadas —o que se sienten tales—, que a su vez idearán nuevas formas de resistencia. Todavía más: si hablamos del lenguaje de las ideas y de los símbolos, el caso de Québec es significativo, pues se ha agudizado cuando ambas culturas más se han asimilado e hibridizado, esto es, cuando Québec se ha industrializado y urbanizado, o sea, cuando se ha posmodernizado. Necesitaremos nuevas coordenadas imaginativas para categorizar nuevas modalidades culturales y clasificar nuevas floraciones de afiliación, pero el futuro inmediato va a ser tercamente multicultural.

No obstante, esta previsión no significa que todas las culturas actuales van a permanecer; incluso pueden desaparecer elementos sin que afecten esencialmente a la cultura en cuestión, pues en definitiva su especificidad se debe más al carácter de la interrelación de las partes con el todo que a sus componentes concretos. Por otra parte, el ocaso y desaparición de culturas es un hecho continuo y conocido; también, el cambio permanente de las mismas. La transformación reciente de la definición de familia y matrimonio es algo actual, por lo que no voy a detenerme, pero sí quiero recordar que en alguna de sus variaciones fue prevista y aconsejada por M. Mead hace más de medio siglo. La lengua es otro buen exponente: solo puede sobrevivir si se lo permite la demografía; hoy pasan algo de seis mil las lenguas activas, de las que se calcula que quedarán reducidas con el tiempo a unas seiscientas; en Australia van a desaparecer las 250 que todavía se hablan. Las miles de lenguas desaparecidas han sido una pérdida irreparable porque con cada una de ellas se ha ido un modo particular de vida. Algunos elementos culturales viajan mal, como el vino, a ecosistemas diferentes, pero no así la religión, que tiende a reactivarse cuando en el grupo todavía no han cristalizado otros iconos de identidad. Las identidades religiosas, al ser más poderosas, más permanentes y exhibir mayor riqueza de contenido creencial y simbólico-desiderativo, tienden a crecer, más cuando las culturas carecen de otros elementos materiales de autoafirmación *ad extra*. La proliferación de *cargos-cult* nos hace pensar en la génesis y consolidación de fundamentalismos político-religiosos.

Y por último —no quiero extenderme más para no continuar equivocándome—, unas conjeturas sobre el nacionalismo en su dimensión cultural: seguirá siendo el drama moral de este siglo. Como ya he indicado, la variedad cultural es inevitable, como inevitable es prescindir de guías potenciales de pensamiento, creencia y acción; la vida, tal como es y tal como la vivimos, es motor de culturas, y estas de aquella. Presiones externas homogeneizadoras y procesos de convergencia fomentan el incremento y la invención de diferencias y radicalizan identidades histórico-políticas —o supuestas tales— que se juzgan preteridas en su dimensión existencial y cultural. Esta formulación de identidad tiende a idealizarse como la encarnación y expresión de la particular cultura de un pueblo, constituida por ideas, creencias y tradiciones, a veces ficticias y en realidad continuamente re-creadas y manipuladas, por lengua propia, en algunos casos, y por instituciones con cierto sabor local, elementos todos que junto con el territorio apelan a sentimientos primarios de incardinación y reviven emociones solidarias, pero en un entorno regional, en parte porque otras adscripciones —como la familia, la comunidad y el Estado— están siendo erosionadas por energías globalizadoras.

Con estos componentes básicos el *cocktail* resultante puede ser doblemente explosivo: en determinadas circunstancias políticas extremas lleva a la limpieza étnica, a la vio-

lencia propia de la estrechez mental y a la balcanización etnocéntrica y, en condiciones menos severas, a la retribalización nostálgica interna. España, la Unión soviética, Canadá, India, Sudán, Nigeria, Sri Lanka, Estados Unidos e Inglaterra ejemplifican posiciones durables en el *continuum* que polarizan los dos extremos. Por otra parte, el nacionalismo, con su programa y poder discursivo y con su primaria irracionalidad — en sentido antropológico— e idealización del nosotros, crea mitos, héroes tribales a los que deifica, produce significados, signos, banderas y símbolos que gratifican profundamente y es capaz de enfervorizar a las masas en momentos críticos en defensa del grupo y de lo propio. Ambas versiones, especialmente la segunda, viajarán, estimo, por muchos años a lo largo de este siglo.

En cuanto a las culturas no marcadas por el nacionalismo *a ratio* fuerte, el pronóstico es menos problemático: no puede haber —repito— un modo de vida sin cultura; asumo también que las culturas irán incorporando, y cada vez más, valores comunes como igualdad, libertad y justicia, pero siempre coloreados por el *ethos* privativo de cada una de ellas. Las culturas, menores en número y cada vez más sincréticas éticamente, seguirán defendiendo con dignidad y orgullo sus emblemas distintivos y su patrimonio cultural privativo, seguirán acumulando riqueza de significados y exhibiendo un horizonte de vida de valor intrínseco, enriquecedor y estimulante. Cada cultura seguirá escenificando una variedad animadora e inspiradora de otras y todas ellas, dentro de límites impuestos por el azar y la contingencia, dramatizarán en un gran laboratorio de pluralidad de condiciones y posibilidades humanas tanto sus valencias generalizantes como sus plurales formas de humanidad, unas más enriquecedoras que otras, pero todas válidas en su conjunto, porque en relación a los grandes problemas humanos ninguna cultura apronta respuestas definitivas, ninguna es infalible, ninguna posee toda la verdad. Cada vez que desaparece una cultura —y hemos perdido miles, demasiados miles— se nos va con ella algo humano, muy humano.¹ Por último, no dudo de que en adelante tendremos que vivir en pluralidad, con incertidumbre teórica y en incómoda ambigüedad hasta que el dominante paradigma del posmodernismo sea reemplazado por otro, y esto será así porque el drama moral del siglo que comienza es la diversidad cultural, con la que realmente no sabemos qué hacer; pero esto requiere entrar en otro problema.

¹ Amplió algunos datos expuestos en mi libro *Las máscaras de la identidad*, Barcelona, Ariel, 1997, y en “La singularidad plural”, conferencia pronunciada en Tokio en noviembre de 1981 y publicada en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 18, (abril-junio) 1982: 7-27.